

LOURDES DE ITA RUBIO, *Los viajeros isabelinos en Nueva España*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - Fondo de Cultura Económica, 2001, 230 pp.

---

**P**ara fines del siglo XV, Colón no era sólo el Gran Almirante que había realizado la travesía del océano Atlántico. Por el norte, los navegantes de Inglaterra recorrían el mar en busca de las mismas islas de especiería y para 1497 Juan Caboto había encontrado lo que más tarde se llamaría Terranova, al norte del continente americano, abriendo la vía que utilizarían en los años a venir los propios ingleses y los franceses en la conquista de las tierras no ocupadas por España.

Esos descubrimientos no aportaron los mismos resultados que los obtenidos por españoles y portugueses en el Atlántico Sur, en particular en la porción continental en donde el oro y la plata eran abundantes. Otros recursos iban a adquirir importancia en las islas caribeñas: las plantaciones de azúcar y la cría del ganado para la obtención de cueros. Sobre todas estas riquezas España impondría un férreo control monopólico al prohibir el comercio con cualquier otra nación e, incluso, entre las propias regiones americanas.

Las relaciones entre las naciones europeas, en particular entre España e Inglaterra, estaban marcadas por amores y desamores, por alianzas matrimoniales y antagonismos religiosos. Del mismo modo, Francia y España mantenían un estira y afloja en alianza o en sucesivas guerras, entre si mismas o contra Inglaterra, mientras Holanda se liberaba de la tutela de los Habsburgo y consideraba a España como enemiga. Estos juegos de lealtades y de enemistades permitieron el desarrollo de las acciones más representativas llevadas a cabo en los mares que rodean al Nuevo Mundo durante más de 200 años: la piratería y los viajes con patente de corso. Ya que no se podía comerciar legalmente, era imperioso minar el poderío que adquiriría la Corona española con las riquezas aparentemente infinitas que provenían de

---

los nuevos territorios, y el camino que se encontró fue saquear las naves en las cercanías del puerto de destino, Sevilla; en la región conformada por la costa ibérica, las islas Azores y las Canarias; y en alta mar o en los puertos americanos mal protegidos.

La renovación de la política religiosa anglicana de Isabel I propició un nuevo rompimiento con España a raíz del cual se agudizaron las trabas al comercio legal entre ambos países y, en especial, entre Inglaterra y los nuevos territorios. Por eso surgieron ciertas políticas oficiales y oficiosas inglesas: el comercio ilegal o el contrabando apoyado por la Corona, y una política expansionista que daría lugar a la conquista de posesiones coloniales, primero en el Caribe y más tarde en el norte del nuevo continente. Debe mencionarse, asimismo, la construcción del poder marítimo inglés que lograría la derrota de la Armada Invencible española y que permitiría a Inglaterra la expansión de su imperio en los siglos siguientes.

Los hechos históricos y los campos en donde tuvieron lugar son el objeto de la geografía histórica, por eso se le llama también la geografía del pasado: ¿Qué sucedió? ¿Dónde ocurrió? ¿Qué nuevos espacios, qué nuevos paisajes resultaron de esas acciones? Y todo ello lleva al conocimiento del presente, al entendimiento de situaciones cuyas raíces más profundas ocurren en años idos y de los que muchas veces se carece de información precisa. Pero siempre se encuentran datos, relatos, papeles, relaciones, en la principal fuente de estudio que son los archivos. En ocasiones, se tiene la enorme suerte de contar con alguien que, en su momento, logra recopilar el conocimiento de su época y lo lega a la posteridad. Tal es el caso de la obra publicada por Richard Hakluyt en el siglo XVI, en la que recoge las narraciones de ingleses que estuvieron de una manera u otra en la Nueva España. Lo que se buscaba era tener todo el conocimiento posible acerca de los nuevos territorios dominados por España, así como de las rutas marítimas que seguían las naves españolas, conocimiento que era celosamente guardado.

La autora descubre en Hakluyt una fuente inagotable de información y la trabaja desde la perspectiva geográfica e histórica, y elabora un fascinante estudio sobre lo que diversos viajeros ingleses realizaron en la Nueva España en el primer siglo de la Colonia

española. El análisis de esas fuentes inglesas de la historia de México es importante, si bien hay que matizar el interés que mostraban ingleses (y franceses) por acrecentar la leyenda negra de España, quizá como justificante a sus acciones no siempre correctas a la luz de las normas de la época.

Lourdes de Ita nos entrega un profundo análisis en su libro *Viajeros isabelinos en Nueva España*; los clasifica de acuerdo con ciertas características, en particular por las causas que originaron su estancia en nuestras tierras, como mercaderes, piratas y aquellos a los que ella denomina “desembarcados”.

Las acciones de los mercaderes ingleses en México, poco conocidas localmente, correspondían a la lógica mercantil de la época, y se encontraban centradas sobre todo en Sevilla, en la Compañía Andaluza, empresa inglesa que se dedicaba al comercio entre ambos países con un ritmo que dependía del estado de las relaciones diplomáticas.

Entre los mercaderes ingleses en la Nueva España destaca la descripción que John Chilton hizo a Hakluyt de sus quince años pasados en tierras americanas. Realizó diferentes viajes y, a semejanza de otros viajeros de siglos posteriores, cubrió con ellos las regiones más interesantes desde el punto de vista económico y político, como demuestra Lourdes de Ita con los mapas que presenta en su obra. Es obvio que Chilton reconoció todo el territorio que podía ser importante para los intereses ingleses: las zonas mineras, los puertos del Pacífico, la región de las Huastecas hasta el puerto de Tampico, el litoral del Golfo de México, de Veracruz a Yucatán, parte de Centroamérica y Perú. En suma, pudo obtener información acerca de la producción de minerales; de las vías de comunicación de interés particular: la de la Nao de la China y la del puerto de Tampico, salida natural de la plata de Zacatecas en el caso de que pudiera enviarse por otra vía que no fuera la centralizada en la ciudad de México, así como de otros recursos igualmente importantes para el comercio: los cueros, la sal, las tintóreas como el Palo de Campeche y el añil, estas últimas fundamentales para la floreciente industria textil inglesa.

La suspensión de las actividades comerciales por el decreto del monopolio español propició -como ya hemos comentado- otras vías

de intercambio: en primer lugar, el comercio “a la fuerza”, luego el contrabando y, en tercer lugar, la piratería. El contrabando era facilitado por la falta de suministros frecuentes desde la metrópoli, casi tanto como por la conveniencia de las autoridades locales. El comercio “a la fuerza”, puesto en marcha por John Hawkins fue el antecedente de la piratería, de la que la separaban meros matices de procedimiento.

Para los piratas era tan importante contrabandear los esclavos robados en las costas africanas, como proveerse directamente de las riquezas americanas embarcadas en Veracruz, en La Habana, en Panamá. Además, la piratería permitió hacerse de los cuadernos de ruta de las naves apresadas y en poco tiempo lograron un profundo conocimiento de las rutas marítimas tanto del Atlántico como del Pacífico. En este último litoral se dieron cuenta de la falta de vigilancia por parte de España y se abrió a la exploración inglesa un vasto mar que en poco tiempo le permitiría ampliar sus dominios territoriales. Así, el océano Pacífico dejó de ser hispano y personajes como Hawkins, Drake y Cavendish pasaron a formar parte de la historia nacional y de las leyendas populares mexicanas.

La derrota de John Hawkins en San Juan de Ulúa dio lugar al tercer tipo de viajeros ingleses que analiza Lourdes de Ita: el de los desembarcados, o sea, aquellos que quedaron en la Nueva España forzados por las circunstancias. Vivieron en la Nueva España, sufrieron los rigores de la Inquisición por herejes, huyeron o fueron forzados a las galeras antes de volver a la patria. Al regresar a Inglaterra hicieron relatos que publicó Hakluyt incrementando el conocimiento acerca del nuevo mundo.

¿Qué nos aporta el libro de Lourdes de Ita? Una seria reflexión acerca de la estrategia geopolítica desarrollada en el mundo occidental de los siglos XVI y XVII: el dominio imperial de España, la búsqueda europea de nuevos recursos que comerciar y, por tanto, de nuevos mercados, las luchas de los diversos países que en su proceso de formación como Estados buscan al mismo tiempo incrementar su poder en el juego internacional del momento mediante la creación de grandes flotas mercantes y militares y por medio de la colonización

de nuevos territorios y por el dominio de otros hombres. Dice la autora:

Los escritos de Richard Hakluyt constituyen una pieza clave en la formación del nuevo paradigma, del nuevo orden mundial del siglo XVI en la conciencia anglosajona. Sin el trabajo del compilador, la historia del Imperio británico no se habría escrito de la misma manera, ni el impacto de la Nueva España en el pueblo inglés hubiera sido el mismo (p. 197).

Por ello, Hakluyt debe verse como uno de los artífices del poder isabelino en el control del Atlántico. El saber estratégico acerca de territorios y de hombres, de recursos minerales y naturales, de vías de comunicación del nuevo mundo ocuparía a otros sabios de otras épocas, algunos también al servicio de las potencias europeas o de las nacientes norteamericanas, como Humboldt.

Las acciones europeas marcaron, a su vez, la evolución de las nuevas tierras. Dice De Ita:

Las huellas de la aventura inglesa en la Nueva España pueden verse hasta el día de hoy en el desarrollo tardío y desorganizado de sus costas. Para el territorio novohispano, incursiones piratas como las de Hawkins, Drake y Cavendish se tradujeron en políticas que afectaron el desarrollo sincrónico. Las disposiciones virreinales para la protección de las costas de la Nueva España contra los ataques piratas, significaron... el despoblamiento de los puertos... (lo que) llevó a que el territorio novohispano tuviera un desarrollo portuario muy tardío, poco armónico y sin raíces nativas... (pp. 196-197).

Lourdes de Ita rescata esos conocimientos y nos los entrega para enriquecer la historia y la geografía de México. El conocimiento de los hechos del pasado nos ayuda a manejar más adecuadamente los sucesos del presente, por eso son fundamentales en los acervos nacionales.

**Atlántida Coll-Hurtado**  
Instituto de Geografía de  
la Universidad Nacional Autónoma de México